



JUSTO SERNA

Leer el mundo

Visión de Umberto Eco

La Huerta Grande
Ensayo

Leer el mundo
Visión de Umberto Eco

COLECCIÓN DE ENSAYO
La Huerta Grande

Justo Serna

LEER EL MUNDO
VISIÓN DE UMBERTO ECO



© De los textos: Justo Serna

Madrid, abril 2017

EDITA: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN13: 978-84-946667-4-2

D. L.: M-7189-2017

Diseño cubierta: Enrique García Puche para TresBien Comunicación
Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdelaparra, 27 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/Printed in Spain

MOBILIS IN MOBILI

CUANDO NOMBRAMOS ESA PALABRA, cuando decimos biblioteca, pensamos en un inmueble, en un espacio físico con techumbre y tabiques en donde se albergan volúmenes editados. Algo fijo, pues. Pensamos también en obras encuadernadas en papel, obras que descansan en anaqueles, en armarios o en vitrinas.

¿En papel, he dicho? Desde la antigüedad vemos multiplicarse el número de los soportes: papiro, pergamino... Materiales inertes. Manuscritos o impresos, esos textos no palpitan, no crecen ni propiamente mueren. Sin embargo, su soporte envejece. Si de papel hablamos, las páginas se cuarteán y amarillean, sus bordes se mellan, en su superficie anidan humedades, insectos u hongos que invaden lo escrito: las tintas pueden desleírse. Si eso ocurre, se perderán las frases, los versos, las fórmulas, las ilustraciones, las miniaturas, las viñetas.

Pero los libros no son seres vivos, sino objetos finos o burdamente cosidos o pegados. Podrían permanecer ajenos u olvidados en ese inmueble durante siglos sin

que cobraran vida: una vida metafórica, se entiende. Para que se reanimen necesitamos a alguien que tome un ejemplar en sus manos, que examine sus cubiertas y su lomo, que lo abra y que empiece a leer, que empiece a leerlo desde el principio. O que lo destripe saltando entre sus apartados, interpretándolo recta o figuradamente. Necesitamos a alguien que active lo que permanecía muerto. Necesitamos, en fin, a un individuo que sepa descifrar lo que hay en esas páginas, su orden alfabético, la lengua en que están escritas.

Pero necesitamos también otra clase de código: la combinación que las obras tienen entre sí, el vínculo que ata un volumen a otro. Un libro no está solo, está en vecindad azarosa o lógica: con otras obras tiene relación y con otras se pone en sucesión, en movimiento. Eso es también una biblioteca: volúmenes alojados que tienen entre sí algún parentesco. Un estante los dispone verticalmente y de ellos distinguimos el lomo, que suele tener los datos precisos para individualizar la obra. O no: quizá de ese lomo o de la cubierta han desaparecido los títulos y los epígrafes, cosa que dificulta su rápida identificación. Aun así, dichos libros estarán colocados a partir de algún criterio. ¿Para qué? Para que el custodio o el beneficiario de la biblioteca puedan encontrarlos en el sitio previsto. Unos catálogos o inventarios, incluso, precisarán y detallarán enumerándolos los fondos que allí se reúnen, su emplazamiento e incluso las razones de su cohabitación.

Una biblioteca necesita a alguien que ordene y vigile: un custodio, un celoso guardián que salvaguarde los tesoros, alguien que asegure las existencias y las

nuevas incorporaciones, que impida los latrocinios, los hurtos. Pero dicho recinto necesita también a un lector, a alguien que acuda con el fin de apropiarse del conocimiento, con la meta de servirse de los saberes allí reunidos. O, más simplemente, alguien que frecuenta sus salas para consultar unas páginas o para tomar en préstamo una obra, para completar de principio a fin un volumen o para echar una ojeada, a la caza del dato concreto que busca.

Quien acude allí, propietario o usuario, sabe. Pero no siempre sabe o recuerda lo que sabía; no siempre dispone de un conocimiento concreto. Quizá ha perdido lo que en tiempos retuvo. Las obras impresas o manuscritas de que disponemos en una biblioteca nos salvan, pues, de nuestras ignorancias o de nuestros olvidos. En el *Fedro* de Platón se oponían serios reparos a la escritura: fiándolo todo a la palabra escrita, no ejercitaremos el recuerdo. Paradojas.

Ella no producirá sino el olvido en las almas de los que la conozcan, haciéndoles despreciar la memoria; fiados en este auxilio extraño abandonarán a caracteres materiales el cuidado de conservar los recuerdos, cuyo rastro habrá perdido su espíritu. Tú no has encontrado un medio de cultivar la memoria, sino de despertar reminiscencias; y das a tus discípulos la sombra de la ciencia y no la ciencia misma. Porque, cuando vean que pueden aprender muchas cosas sin maestros, se tendrán ya por sabios, y no serán más que ignorantes, en su mayor parte, y falsos sabios insoportables en el comercio de la vida.